

Producido por los locos
 Que en engañarse se obstinan.
 Tusueño dulce, inocente,
 Que veas el mundo evita,
 ¡Y tantas negras conciencias.....!
 ¡Y tantas almas raquíticas...!
 Duerme, niña, no despierto
 Tu alma pura y tranquila,
 Por que tú serás feliz,
 Mientras que durmiendo vivas.

VIRGILIO GUIRAO.

—
 A UN LUCERO.
 —

Faro de luz refulgente,
 Puro, espléndido lucero,
 Que iluminas placentero
 Del ancho mundo la frente;

—
 Que en topacio convertido
 A la luz que el Sol derrama,
 Enciendes tu limpia llama
 Cuando la tarde ha caído;

—
 Que sin pesares ni anhelos
 Los mares de azul cruzando,
 Vas tranquilo resbalando,
 Navecilla de los cielos;

—
 Y de tu carrera en pos
 Siguiendo tu fiel destino,
 Surcas brillante el camino
 Que trazó el dedo de Dios,

—
 ¡Porqué te ocultas? responde:
 ¡Porqué tu luz soberana,
 Cuando nace la mañana?
 Avergonzada se esconde?

—
 Tanto morir y nacer
 Tu faz divina y brillante,
 ¡Retrata, dí, lo inconstante
 Y lo fugaz del placer?

—
 ¡Es una ilusion tu nombre?
 ¡Es tu luz la semejanza
 De aquella eterna esperanza
 Que nunca realiza el hombre?

—
 ¡Tal vez Dios te hizo lucir
 En esa eternal carrera,
 Para que el mundo en tí viera
 Hasta lo bello morir.?

¡O es que al colocar su mano
 Sobre tu luz y tus dones,
 Dijo á las generaciones:
 «Ved mi aliento soberano!»

—
 No sé, lucero, expresar
 Cual ha sido tu destino
 En ese inmortal camino
 Que recorres sin cesar.

—
 Mas, si, decirte podré
 Que esa tu luz bienhechora,
 Me recuerda á cada hora
 Un juramento de fé.

—
 Juramento que sentí
 Lleno de amor y alegría,
 Que aquella alma no mentía
 Cuando juraba ante tí.

—
 Sigue, sigue tu carrera
 Por esos azules mares,
 Que yo entonaré cantares
 Mientras recorres la esfera.

—
 Y no olvides que si lanza
 Tu disco rayos de oro,
 Me están mostrando el tesoro
 De mi futura esperanza.

A. TERRER.

—
 SONETO.
 —

Sus penachos de lumbre ya sembraba
 en el oriente el sol; naturaleza
 espléndida ostentaba su belleza;
 el cielo con mil púrpuras brillaba;
 un concierto sublime preludiaba
 la república fiel de la maleza,
 y huyendo de mi pecho la tristeza
 de rodillas la anchura contemplaba.
 En esta posicion, harto penosa,
 me encontraba, ay de mí, cuando la brisa,
 leve, suave, tranquila y deleitosa,
 de tus pasos el son llevó indecisa,
 la mañana que fui te presurosa
 al arroyo á lavarte una camisa.

EDUARDO HERRAIZ.

MURCIA: 1877.

Tip. de EL ALBUM, á cargo de D. José Sellés
 Santo Domingo, 5.

